

# **HÉROE O VILLANO. GUERRERO O MECENAS. ALMANZOR EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA (SIGLOS XVI-XXI) (I)<sup>1</sup>**

---

VIRGILIO MARTÍNEZ ENAMORADO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

Aunque fueron los autores andalusíes los que contribuyeron determinadamente a la fijación del sello indeleble de caudillo del Islam que siempre acompañará al personaje Almanzor, convertido en Héroe, será la historiografía hispánica, desde el Medievo, la que se encargará de dar otra forma a esa idealización del andalusí invencible. En esa historiografía existen tres individualidades de nuestro fascinante Medievo que reúnen en sí mismos con especial relevancia lo legendario y lo puramente histórico para conformar una miscelánea en la que resulta particularmente difícil discernir lo que pertenece a una u otra esfera. Son el rebelde muladí anti-omeya Umar ibn Hafsún que desde las montañas malagueñas mantuvo en jaque al poder omeya durante unos 50 años a finales del siglo IX y primer cuarto de la centuria siguiente, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, y el gran Almanzor. Poco es lo que tienen que ver estos personajes entre sí, si no es la fascinación ejercida por su actividad pública en la historiografía española. Y ahí radica el problema: la visión de una España medieval que sólo ha existido en la mente fantasiosa de tantísimos historiadores y literatos ha distorsionado hasta extremos inimaginables cada una de estas figuras y consecuentemente la historia de al-Andalus. También todos ellos coinciden en su relación estrecha por variados motivos con la Cristiandad. De los tres, sin duda Almanzor representa la quintaesencia por excelencia del gobernante tiránico musulmán, azote de la Cristiandad hispánica y simultáneamente encarna la idea del buen gobernante, contradicción presente en la historiografía española desde la Edad Media.

Este trabajo se publicará en dos partes: en una primera nos centraremos en las visiones que del personaje han dado los historiadores desde el siglo XVI hasta el XX; en la segunda, nos centraremos en la especialización de los estudios almanzorianos en los años finales del siglo XX, con particular insistencia en las perspectivas que se abren en

---

<sup>1</sup> Este trabajo tiene como base parte del capítulo que se incluyó en la obra conjunta de V. Martínez Enamorado y A. Torremocha Silva, *Almanzor y su época. Al-Andalus en la segunda mitad del siglo X*, ed. Sarria, Málaga, 2001, pp. 34-57, aunque se introducen correcciones y añadidos que van a permitirnos acercarnos a la visión historiográfica que pretendemos con mayor rigor. Al igual que entonces, prescindimos del sistema al-Andalus de transcripción, sustituido por una adaptación que permitirá una lectura menos onerosa tanto a especialistas en lengua árabe como a los no versados en la misma. Evitaremos por igual motivo la proliferación de citas eruditas.

la investigación después de la celebración del milenario de su fallecimiento (Año de Almanzor 2002), lo que, sin duda, ha servido para profundizar y actualizar el conocimiento que de la sociedad andalusí de la segunda mitad del siglo X y principios del XI tenía la historiografía.

### 1. La época moderna (siglos XVI-XVII): el cambio de tendencia

Como ocurre con la visión que la historiografía árabe tenía del personaje, sin prolongación en la historiografía medieval, una nueva ruptura en la caracterización de Almanzor se produce en la época moderna, sin que exista apenas continuidad con respecto a las negativas perspectivas que del *háyib* aportan los autores hispano-medievales<sup>2</sup>. Desde el siglo XVI en adelante, se repiten otras caracterizaciones de Almanzor, despojado de su condición apocalíptica y dotado de unas virtudes apenas resaltadas en el Medioevo cristiano. Aunque ocasionalmente los autores de época moderna se basen en formulaciones medievales que dan una semblanza siniestra al personaje, es bastante más frecuente la presentación extremadamente positiva del personaje, elevado casi siempre a la condición de gobernante eficaz y justo.

El PADRE JUAN DE MARIANA en su *Historia de España*<sup>3</sup> sigue literalmente a Ximénez de Rada en la valoración de la llegada al poder del personaje, empleando el término “virey” para traducir el árabe *háyib*:

“Los moros no se concertaban en el que debía suceder [a al-Hakam]; remitiéronse al miramamolín de África, por cuyo orden Hisem fue antepuesto a sus hermanos, aunque no tenía más que diez años y cuatro meses. Reinó treinta años y cuatro meses sólo de nombre, porque el gobierno y poder tenía Mahomad, hombre sagaz, que se llamó Alhagib, que quiere decir virey, por voluntad de los grandes, y tenía mano en todo. Él mismo después se llamó Almanzor, que quiere decir vencedor, por las muchas victorias que ganó de los enemigos”.

La exculpación hacia Almanzor alcanza el paroxismo cuando hace recaer la responsabilidad en los sucesos subsiguientes en el infante Hixam II, que abandona el ejercicio del poder por su permanente predisposición a la holganza. Aprovecha la descripción de esa situación para establecer una comparación con el similar “desgobierno” por el que pasaba por entonces la Cristiandad:

“De aquí nacieron entre aquella gente alteraciones civiles, como es ordinario cuando el rey pasa la vida en ociosidad, en deleites y deportes, y reinan otros en su nombre. Además que con la abundancia de España, templanza del cielo, blandura de los naturales, ya la ferocidad de los ánimos, con que aquella gente vino a España, se había menguado y quitado mucho de las fuerzas del cuerpo. No pararon estas discordias hasta que Hisam fue despojado del reino paterno. El estado de nuestras cosas no era mejor ...”.

Juan de FERRERAS, en su *Historia de España*<sup>4</sup> que salió a la luz en 1727, manifiesta diáfano la tendencia proalmanzoriana que va a caracterizar posteriormente a una buena parte de la historiografía hispánica, acudiendo a la aparente contradicción de que el saqueador de Santiago actuara normalmente con una exquisita generosidad hacia los cristianos, lugar común utilizado desde el Medioevo:

“Para mahometano, poseyó grandes virtudes morales [...] Los cristianos que combatían bajo sus banderas recibían paga doble, y si se suscitaba alguna disputa entre un musulmán y un cristiano, favorecía siempre a este último”.

<sup>2</sup> La excepción a esa mirada negativa en época medieval la representa la *Primera Crónica General de España* que mandara redactar Alfonso X el Sabio e incluso Ximénez de Rada. Sobre ello, V. Martínez Enamorado y A. Torremocha Silva, *Almanzor y su época ...*, 26-27.

<sup>3</sup> *Historia General de España*, 1ª ed. latina, 1592; trad. castellana del autor, 1601; Madrid, 1950.

<sup>4</sup> “Sinopsis histórico cronológica de España”, en *Historia de España*, I-III/16, Madrid, 1727.

En la misma línea se expresa J. F. MASDEU<sup>5</sup>, quien movido por el ideario ilustrado no duda en calificar a Almanzor como “gran político y eminente guerrero”, al tiempo que relata los actos que impuso desde su gobierno:

“Calmó desde el principio las inquietudes que agitaban el imperio, y puso el mayor conato en ganarse el afecto de todas las clases de la nación, aligerando las cargas de los pobres, honrando a los grandes y a los ricos, asistiendo personalmente a las lecciones de los sabios, cuyas academias y escuelas frecuentaba, recompensando sus trabajos [...] Fue superior a la mayor parte de capitanes por la tan difícil mezcla de la severidad y de la clemencia. Destruía a hierro y fuego las ciudades que resistían a sus armas, pero nunca permitió que se cometiese la menor vejación a las que se entregaban voluntariamente. De todo el botín hacía siempre dos partes, cediendo la una a sus soldados, y empleando la otra en obras de utilidad pública, sin reservarse para sí más que la gloria, que consideraba como suficiente galardón de sus trabajos”.

El maronita CASIRI<sup>6</sup> expone una visión de Almanzor muy apegada a las fuentes, sin salirse apenas del relato histórico marcado por los cronistas árabes. Aún así, asoma ocasionalmente su admiración hacia el personaje:

“Itaque Almanzor, quem et civilis scientia, et bellica virtus maximè commendabant, universam Hispaniam suo imperio subjectam summa cum laude moderatus est”.

Un aspecto particular es el de las representaciones iconográficas. Sin valorar toda la producción literaria de la segunda mitad del siglo XIX y del siglo XX que ha incluido eventualmente imágenes de Almanzor, destacaremos una iconografía, en la que a la relevancia internacional del artista se une la circunstancia de que se trata de la que ha sido considerada primera representación del personaje. Francisco de ZURBARÁN (1598-1664) firma uno de sus cuadros con el título “Almanzor”, lo que de confirmarse que se trata del *háyib* cordobés sería su primera caracterización pictórica. Sin embargo, las dudas sobre tal adscripción son muchas y de hecho se viene afirmando que tal obra no parece tratarse de un trasunto del político andalusí, sino del sultán sa-adí del mismo *laqab* (Ahmad al-Mansur, que reinó en el Magreb de 1578 a 1603), uno más de los que han alcanzado celebridad en el Islam a lo largo de la historia. En cualquier caso, el detalle de que emplee el calificativo “Almanzor”, así hispanizado, es suficientemente significativo. Igualmente lo es la circunstancia de que el lienzo se inscriba en la serie en la que se integra otro cuadro dedicado a los Siete Infantes de Lara. Estamos persuadidos de que el propio Zurbarán jugó con el equívoco pues por aquel entonces la relevancia histórica del personaje andalusí era de tal dimensión que, aunque la representación no estuviese dedicada al *háyib*, se aunaba en esa figura lo legendario con lo histórico, y a ello se unía la reivindicación que suponía representar a un Almanzor triunfante. Para completar su lienzo al óleo, el maestro opta por los mismos recursos que los utilizados en la serie de los Siete Infantes de Lara, con un formato vertical, idóneo para representar la majestad regia del personaje en pie. El interés por resaltar la figura humana se aprecia en el hecho de que no se representa sobre un fondo arquitectónico o paisajístico. La estampa recuerda inevitablemente al enemigo de la Cristiandad por antonomasia en aquellas fechas, al sultán otomano vestido de manera lujosa y exótica: turbante rayado, casaca, calzones adornados, medias bordadas en rojo y espada que empuña con gesto adusto. La ucronía de la caracterización conduce directamente a la fijación en el subconsciente colectivo de la idea de Almanzor como un ser atemporal, encarnación de la figura del moro protervo y dañino. La efigie toma la morfología fácilmente reconocible de musulmán enemigo de la Cristiandad en todo momento histórico, adaptando su si-

<sup>5</sup> *Historia crítica de España y de la cultura española*, Madrid, 1795.

<sup>6</sup> *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*, 1760-1770.

lucta al contexto: en este caso la indisimulada faceta del fiero otomano enemigo de la España imperial.

### 1.3. El Siglo XIX: las contradicciones entre Almanzor como glorioso gobernante y campeón del *yihad* contra la Cristiandad.

En el siglo XIX se suceden los estudiosos que destinan sus esfuerzos al conocimiento de la sociedad andalusí. La erudición decimonónica se fija en Almanzor como prototipo de gobernante eficaz, lo que contrasta con la “clase política” que a lo largo de esta centuria protagonizó la vida pública y social de España. De esa comparación, el personaje sale reforzado, por más que las intenciones políticas del *háyib* pasaron en su momento por la consolidación del Estado islámico andalusí, utilizando para ello el recurso básico del *yihad*. Tal contradicción no es detectada por esta erudición historicista, que no acierta a situar en su justo nivel al personaje. Las alabanzas que destinan a su buen gobierno no parecen, por tanto, contradictorias con la acometida general contra la Cristiandad hispánica que lleva a cabo Almanzor. Salvo Simonet, extremadamente crítico con la figura histórica, los autores expresan su admiración más rendida por el fortalecimiento del Estado omeya debido al *háyib*.

En José Antonio CONDE, con su *Historia de la dominación de los árabes en España*<sup>7</sup>, publicada en 1820, la visión que se ofrece del personaje viene a coincidir con la proporcionada en general por los autores arábigos, aunque añade otros pasajes, algunos apócrifos, como el de la batalla de “Calat Anosor”. Establece correctamente el lugar de nacimiento de Muhammad b. Abú‘ Amir (“en Toros, aldea de Algezira Alhadra”), recurre ocasionalmente a las fuentes epigráficas (inscripción con fecha 977 a nombre de Subh en Écija o almimbar de la Mezquita de los Andalusíes), lo que representa una excepción en los eruditos de la época, y traza con maestría los principales acontecimientos de su azarosa biografía, con una preferente atención a su tarea como militar. Dedicó un total de siete capítulos a Almanzor en particular, desde el XCVI al CII: “De las primeras expediciones de Almanzor”, “De otras entradas de Almanzor en Galicia”, “De como Almanzor honraba a los doctos, y otros sucesos”, “De las bodas del hijo de Almanzor, y de sucesos de Magreb”, “De la entrada de Almanzor en Galicia y prisión del Rey García”, “De varios sucesos de África y de España” y “De la batalla de Calat Anosor y muerte de Almanzor”. La admiración hacia la proverbial generosidad de Almanzor no queda eclipsada por su apelación al *yihad* permanente contra la Cristiandad:

“Fue apellidado en esta ocasión Almanzor, insigne vencedor y auxiliador del pueblo musulme, defensor ayudado de Dios, y con el tiempo acreditó que merecía estos ínclitos títulos. Repartió los despojos de su expedición entre sus soldados, sin más reserva que el quinto que tocaba al Rey, y la estafa o derecho de escogencia que pertenecía a los caudillos, así de los cautivos hombres o mugeres, como de la presa de ganados de toda especie: renovó la antigua costumbre de dar convite a las tropas después de las victorias, y él recorría todos los ranchos de las banderas, y era tal su memoria que conocía a todos sus soldados, y conservaban los nombres de los que se distinguían, y los convidaba a su mesa y les hacía especiales honras”.

Su actividad como intelectual y mecenas de la cultura también es señalada, recurriendo para ello al empleo de abundantes anacronismos. Tan encendidos elogios bien pueden esconder una clara intencionalidad de comparar Almanzor con Napoleón, sabidas las posturas “afrancesadas” defendidas por este intelectual:

<sup>7</sup> Madrid, 1820; reedición facsímil, Valencia, 1997.

“Estableció Almanzor una academia de humanidades, y sólo tenía en ella hombres doctos, ya conocidos por obras útiles o ingeniosas de varia erudición en prosa o verso. Visitaba las madrisas o escuelas, y las aljamas y colegios, y se sentaba entre los discípulos, y no permitía que se interrumpiese la enseñanza a su entrada ni a su salida; daba premios a los maestros y a los discípulos más sobresalientes. Por este medio acertaba en la elección de Mocríes y Alchatibes, lectores y predicadores para las mezquitas, y de doctos Cadíes para las aljamas principales del Reyno”.

Disgresiones extemporáneas que alcanzan también al epitafio del 'amirí, pues incluye la versificación que de este epitafio hizo su amigo Leandro Fernández de Moratín:

“No existe ya, pero quedó en el orbe  
tanta memoria de sus altos hechos,  
que podrás admirado, conocerle  
cual si le vieras hoy presente y vivo.  
Tal fue, que nunca en sucesión eterna  
darán los siglos adalid segundo,  
que así, venciendo en guerras, el imperio  
del pueblo de Ismael acrezca y guarde”.

A mediados del siglo XIX, Louis VIARDOT escribe en su *Historia de los árabes y de los moros de España*<sup>8</sup> uno de los alegatos en favor de Almanzor más encendidos que se conocen:

“Es raro que al estudiar la historia de un pueblo no se halle alguna grande y sobresaliente figura que sea como el tipo de toda la nación. Valiente, generoso, ilustrado, justo, esclavo de su palabra, austero en sus costumbres y ávido de todas las glorias, reunía los diferentes rasgos de ese bello carácter que se presta a los hijos del Yemen, llevando tras la conquista la civilización. Una multitud de acciones heroicas honran su vida”.

A continuación, pasa a relatar esas acciones heroicas, completando su exordio con una cerrada defensa de Almanzor como hombre de ciencia, pues favoreció la afluencia de muchos sabios no sólo de los países del Islam, “sino aún de Grecia e Italia [*sic*], y se fijaron en su corte, atraídos por su fama y retenidos por su generosidad”. Almanzor, sin embargo, tenía un único defecto:

“Era en extremo celoso de su autoridad. Esa pasión le hizo cometer dos grandes faltas: una, la de buscar vanos pretextos para ordenar la muerte de su competidor, el anterior hagib, y la otra mucho más fatal por sus resultados, la de reducir al joven califa a la más completa nulidad”.

Tal falta, con todo, no empaña su gloriosa labor y al concluir su descripción del “reinado” de Almanzor afirma que

“su muerte causó un sentimiento universal, y con razón le lloraron los árabes. Su reinado (pues este es el nombre que conviene al ministerio de Almanzor) había marcado el más alto grado de su grandeza [de los árabes]; fue también el término de ella, y el imperio escapado de sus manos, cayó sin intervalo en su decadencia”.

Como es sabido, Pascual de GAYANGOS, en su *The History of Muhammedan Dynasties in Spain*<sup>9</sup>, realiza la traducción parcial del *Nafh al-tib* de al-Maqqari, labor que se complementa con el estudio de otros manuscritos. Es conocido su disciplinado seguimiento de las fuentes, por lo que resulta en muchas ocasiones estéril buscar su sesgo ideológico. Ubica correctamente el lugar de nacimiento de la figura histórica (“was originally from a town called Toresh [Torres?] in the neighbourhood of Algeciras”), así como el de su fallecimiento en Medinaceli. Trae a colación el testamento de Almanzor y todas cuantas acciones dieron celebridad al algecireño (quema de la biblioteca de

<sup>8</sup> Barcelona, 1844, parte I, capítulo II, pp. 51-57.

<sup>9</sup> 2 vols., Londres, 1840-1843 (reimpresión en Amsterdam, 1964).

Córdoba, ampliación de la Aljama...), resultando ser una de las compilaciones más completas e imparciales sobre el personaje.

Reinhart DOZY sigue dando al personaje el carácter providencial con el que se suele despachar a Almanzor en la erudición decimonónica (*Historia de los musulmanes de España*, publicada en 1861 y traducida al castellano en 1877). Destaca en la descripción de este autor el volumen de información manejado, lo que obliga a Lévi-Provençal a reconocer un siglo después que apenas si existían novedades distintas a las presentadas en su momento el holandés.

“Una vez más es de justicia rendir homenaje a Dozy, que por primera vez supo elaborar la precaria documentación de las crónicas musulmanas y presentar, sobre las relaciones entre al-Andalus y la España cristiana a fines del siglo X, una narración articulada y perfectamente plausible, que la crítica histórica posterior ha aceptado sin modificar nada esencial”.

Así es. El procesamiento de los datos que realiza el arabista resulta muy exhaustivo. Fija, por ejemplo, su correcto nacimiento en la aldea de Torrox, de Algeciras, sin prestarse a la confusión que propiciara Simonet. De igual manera, conviene destacar que en el apéndice “Sobre la batalla de Calatañazor” de sus *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le Moyen Age*<sup>10</sup> (1881), defiende por primera vez la falsedad del acontecimiento, aunque sus argumentos no convencieron del todo a la integridad de los historiadores posteriores. La consideración que le merece Conde, al que despacha con un despectivo “no conocía del árabe más que las letras”, en relación con el episodio de Calatañazor, ilustra a qué niveles descendió una polémica irrelevante como ésta, tan propia, por otra parte, de la erudición decimonónica.

En numerosas escenas de su *Historia de los musulmanes de España*<sup>11</sup>, este historiador presenta al personaje con el trasfondo de hombre providencial. Su admiración hacia el *háyib* lleva a negar su supuesta condición de corcobado, achacando a la “maledicencia” la divulgación de esa noticia.

El relato de al-Andalus bajo poder ‘amirí se inicia a raíz de la anécdota del reparto de cargos que Almanzor propició entre sus amigos antes de la toma del poder, asegurando que de aquella

“juventud universitaria salió un hombre cuya fama ha de llenar bien pronto, no sólo España, sino el mundo entero”.

La cesión del hayibato a su hijo ‘Abd al-Malik y la acumulación de distintas titulaciones (*sayyid* y *malik karim*) en sus manos generan la siguiente reflexión en Dozy:

“Reinando de hecho hace veinte años, Almanzor quería también reinar de hecho. Era preciso estar ciego para no conocerlo, pues se le veía marchar hacia su fin, lenta, prudentemente, con paso medurado, pero con una obstinación que saltaba a la vista”.

A continuación, se autointerroga sobre qué elemento paralizaba a Almanzor para acometer definitivamente la asunción de la dignidad califal.

“Era ya rey, pero no era todavía califa. ¿Qué era lo que le impedía serlo? Seguramente que no era a Hixam II a quien temía. Aunque este príncipe estuviera entonces en la flor de su edad, no había mostrado nunca la más mínima energía, ni había tenido el menor asomo de querer sustraerse al yugo que le habían impuesto. No eran más de temer los príncipes de la dinastía: Almanzor había desterrado a los que no lo eran tanto y reducido a los demás a un estado muy cercano a la miseria. ¿Creía que el ejército se había de oponer a sus designios? De ningún modo; compuesto en su mayoría de berberiscos, de cristianos del Norte, de soldados que habían sido hecho prisioneros en su infancia, en una palabra, de aventureros de todo género,

<sup>10</sup> 2ª ed, vol. I, pp. 211-221.

<sup>11</sup> 1ª ed. castellana, Madrid, 1877; ed. facsímil de la Edit. Turner, 4 vols., Madrid, 1987, vol. III; Almanzor ocupa desde el capítulo VI al XII, de donde se han extraído las citas.

el ejército era suyo; hiciera lo que hiciera, había de obedecerlo ciegamente. ¿Qué temía, pues?”.

Si ni Hixam II, ni la familia omeya, ni el poderoso ejército califal eran para Almanzor objeto de temor, qué era lo que impedía ese gran salto hacia adelante. Dozy se responde: “temía a la nación”. Pero el historiador va más allá, encontrando el meollo de la cuestión: la legitimidad dinástica.

“Esta idea de legitimidad había arraigado en todos los ánimos y era aún mucho más viva en el pueblo que en la nobleza. Los nobles, en su mayor parte de origen árabe, hubieran llegado a convencerse de que era útil y necesario un cambio de dinastía, pero el pueblo, que era de origen español, pensaba de otro modo. Como el sentimiento religioso, el amor a la dinastía formaba parte de su ser. Aunque Almanzor hubiera dado a su país una gloria y una prosperidad hasta entonces desconocidas, el pueblo no le perdonaba haber hecho del califa una especie de prisionero de Estado y estaba pronto a levantarse en masa si el ministro se atrevía a intentar sentarse en el trono. Esto no lo ignoraba Almanzor; de ahí su prudencia, de ahí su vacilación ...”

Especialmente relevante para Dozy es la faceta de hombre militar de Muhammad b. Abí ‘Ámir. En sus campañas militares se retrata aun personaje invencible y de valor extraordinario. En el párrafo que reproducimos se relata su actuación en una aceifa emprendida por el *háyib* contra León en 981:

“Pero allí estaba Ibn-abi-Amir. Sentado sobre una especie de trono bastante elevado, miraba la batalla y daba sus órdenes. La fuga de sus soldados le hizo estremecerse de indignación y de ira, y tirándose de su asiento, se quitó su casco de oro y se sentó en el suelo. Sus soldados sabían lo que significaba esto [...] Así la vista de aquella cabeza descubierta les produjo un efecto extraordinario; avergonzados de su derrota, pensaron que era preciso repararla a toda costa, y dando gritos salvajes se precipitaron sobre el enemigo con tal ímpetu, que le hicieron volver grupas ...”

A continuación, explica que entonces Almanzor “parecía omnipotente y nadie hubiera dicho que tenía rival. Sin embargo, él no lo juzgaba así”. Las intrigas en contra de Ya ‘far al-Mushafí, que terminaron con su asesinato, son consideradas por el insigne arabista como “una mancha indeleble sobre su gloria”. En la descripción que realiza Dozy sobre el personaje se da una constante que bien pudiera ser calificada como relación de amor-odio, en la que el historiador recurre al eterno dilema de los fines y los medios. En el arabista, asoma, por un lado, la sincera admiración hacia aquel que desde la nada alcanza el prestigio del buen gobernante, al tiempo que rechaza los métodos escogidos por el *háyib* para acumular tanto poder. El pasaje que a continuación reproducimos es una de las declaraciones más solemnes que sobre la figura histórica de Almanzor se han hecho:

“Si los medios que Almanzor empleó para apoderarse del poder deben ser condenados, es preciso, sin embargo, confesar, que una vez que lo obtuvo lo ejerció noblemente. Si el destino lo hubiera hecho nacer en las gradas del trono, acaso hubiera habido poco que censurarle; quizás entonces, hubiera sido uno de los príncipes más grandes que recuerda la historia; pero habiendo visto el día en un antiguo castillejo de provincia, se vio obligado, para alcanzar el objeto de su ambición, a abrirse camino a través de mil obstáculos, y debe sentirse que tratando de vencerlos, se preocupara rara vez de la legitimidad de los medios. Era, en muchos aspectos, un grande hombre, y, sin embargo, por poco que se consideren los eternos principios de la moral, es imposible amarlo y hasta se hace difícil admirarlo”.

Francisco Javier SIMONET BACA encarna la visión ideológica maurofóbica y esencialista. Dedicó a nuestro personaje una obra que tituló *Almanzor, una leyenda árabe* (publicada en 1858 en Madrid<sup>12</sup>). En ella, a medio camino entre la novela histó-

<sup>12</sup> Hemos consultado la edición, con algunas modificaciones con respecto a la original, de la Ed. Polifemo, Madrid, 1986. Todas las citas remiten a este trabajo.

rica y el ensayo, se traza la biografía de Muhammad ibn Abí 'Amir, acudiendo a los datos proporcionados por los autores árabes, a los que cita profusamente. Combina, eso sí, lo que son testimonios recogidos directamente de las crónicas con otros debidos a su propia recreación con un ánimo exclusivamente literario. Entre estos últimos, especial protagonismo cobra el suceso del enamoramiento del *háyib* de Elvira, personaje apócrifo personificado en una bella joven que era hija del gobernador de Salamanca, raptada por Almanzor en una de sus algarazías. Recurre al añejo argumento de la honra de la mujer hispana frente a la desmedida sexualidad del oriental. La escena en la que Asmá pide encarecidamente a la cristiana Elvira que rechace las pretensiones amorosas de Almanzor destapan las esencias del genuino Simonet, siempre preocupado por la perduración del alma hispana y cristiana sin "contaminación" posible:

"Al punto Almanzor llevado de su amoroso afán, vino a los alcázares de al-Amiría, en donde al requerir de amores con mayor fuego a la hermosa Elvira, la halló más constante y enemiga que nunca. Era que las prácticas religiosas y los augustos sacramentos recibidos en una iglesia de la Axarquía [de Córdoba] de los prelados mozárabes, la confirmaron más y más en su fe y castos propósitos".

Desde su inicio, Simonet exhibe sus propósitos sin tapujos, pues califica a los días de gobierno de Almanzor como "de luto, humillación y prueba para la iglesia y pueblo cristiano". A juicio del arabista malagueño, las intenciones de Almanzor eran claras:

"Todo, en fin, ofrecía a los infieles ocasión oportuna para destruir a la cristiandad española y desarraigarla del estrecho recinto a que se miraba reducida".

El personaje representa una suerte de azote de la Cristiandad, de tal manera que es calificado por Simonet nada menos que como "nuevo Atila" dispuesto a cumplir su misión "con su natural saña para gloria de su soberbia y de la fanática creencia que profesaba". No duda en falsear la realidad cuando afirma que los autores árabes

"retratan su carácter [de Almanzor] con rasgos odiosos, lamentando los males que su ambición y su crueldad atrajeron sobre el pueblo árabe y la gloriosa dinastía que señoreaba a la sazón su trono".

Sin embargo, el análisis, como suele ser habitual en Simonet, está plagado de datos históricos, corrigiendo a Conde en diversos aspectos o incrementando los datos conocidos hasta ese momento, según recuerda Pedro de Madrazo en la edición de *Tres Leyendas Árabes* de 1858<sup>13</sup>. El arabista utiliza las fuentes de manera literal en algunos casos, transformando lo que decían los autores medievales para defender determinados puntos de vista.

"Por tal manera Muhammad, como suelen los tiranos, se vale de extranjeros para oprimir a los naturales, y a pesar de sus triunfos, llegará a hundir el trono de los califas, sustentado hasta ahora por la afición y lealtad de los buenos árabes, además de que dando origen a bandos y parcialidades de andaluces y bereberes, va sembrando la semilla de largas y funestas guerras civiles".

Llevado por su maurofobia, lo que en otros autores es pura exaltación del poder alcanzado por el personaje, de su gloria, magnificencia y generosidad, se convierte en Simonet en un alegato contra quien destruyó el Califato. La contradicción salta a la vista, pues de un historiador con la visión ideológica de Simonet sólo podría esperarse regocijo a la hora de explicar hechos tan "funestos" para los omeyas de al-Andalus como fue el fin de la dinastía. La responsabilidad de Almanzor en ese colapso fue, a los ojos del arabista, enorme.

"Así acabó como un sueño brillante, pero pasajero, la gloria de Almanzor y su dinastía. Su grandeza y fortuna adquiridas por malos medios y odiosas a los mismos árabes, ni pudieron

<sup>13</sup> Prólogo incluido al final de la edición efectuada por Polifemo, Madrid, 2001, pp. 267-268.

dejar monumentos perdurables, que atestiguaran su gloria a las generaciones futuras, ni produjeron otro resultado que el funesto de arrastrar en su caída el poderoso imperio de los califas de Córdoba”.

Igualmente, merece la pena ser destacado el hecho de que, aunque las fuentes árabes son absolutamente explícitas sobre el lugar de nacimiento de Almanzor, Simonet se decanta por la localidad malagueña de Torrox, presumiblemente arrebatado por un exagerado apego a su “patria chica”. Para ello, no tiene ningún reparo en contradecir a ‘Abd al-Wahid al-Marrakuxi:

“... creemos que en este punto aquel autor africano haya cometido un error de geografía, pues no se sabe que hubiese ningún Torrox sobre el Guadiaro, y además todas las noticias que sobre la alquería de este nombre dan los árabes, convienen al moderno Torrox, pueblo considerable y cabeza de partido en la provincia y al E. de Málaga”.

El arabista malagueño Francisco GUILLÉN ROBLES<sup>14</sup> atina más que Simonet al ubicar el nacimiento de Ibn Abí ‘Amir

“en un pueblo de Málaga a orillas del Guadiaro que llamaron Terquex los escritores árabes y que quizá corresponderá con la actual villa de Cortes”.

Frente a la actitud radicalmente anti-almanzoriana y maurófoba de Simonet, el otro gran arabista decimonónico malagueño se muestra mucho más proclive a ensalzar al *háhib*, hasta el punto de que llega a compararlo con otras dos figuras históricas controvertidas, ‘Umar b. Hafsún y el Cid Ruy Díaz:

“Sus elevadas dotes administrativas sostuvieron y aumentaron la prosperidad desarrollada en Andalucía desde Abderrahman II y su indomable valor, pericia y conocimientos militares, se mostraron en brillantes acciones y heroicas proezas”.

Joaquín GUICHOT dedica tres capítulos de su *Historia General de Andalucía*<sup>15</sup> a los ‘amiríes, dos de ellos a Almanzor y un tercero al gobierno de sus hijos. Retoma las fuentes árabes y cristianas y la bibliografía anterior sobre el personaje, centrándose especialmente en Dozy, del que llega a afirmar que

“Con los muchos manuscritos arábigos que ha traducido con admirable fidelidad y ha publicado, ilustrando como hasta ahora no se había hecho, el período de la Edad Media en España, nos ha suministrado datos importantísimos y curiosísimas noticias relativas a la época de Almanzor, que ni Casiri ni Conde conocieron, o por lo menos que no consignaron en sus obras respectivas”.

Guichot, aún reconociendo la grandeza de Ibn Abí ‘Amir como personaje histórico irrepetible en la Historia de España al que llega a compara, nada más y nada menos que con Augusto, le achaca ser el causante principal de la posterior dislocación política del califato y de la “decadencia” que este hecho provocó en la sociedad andalusí:

“Hombre [Almanzor] a quien hicieron tanto o más célebre que sus no interrumpidas victorias sobre los cristianos de toda España, su ciencia de hombre de Estado y su profunda habilidad política, que le permitieron mantenerse en el poder durante veintiséis años a despecho de los partidarios y de los grandes intereses conjurados para derribarle. Fue una época grande en la historia de la España musulmana la de la *situación* que creó el genio de Mohammed ben-abi-Ahmer; y acaso más extraordinaria que grande, pues con medios enteramente nuevos, desconocidos hasta entonces en aquel pueblo, transformó radicalmente su fisonomía político-social, convirtiéndolo de libre e independiente que era, en esclavo dócil y sumiso a la voluntad del peor de los despotismos, el despotismo que no cuenta con otro elemento de existencia sino la fuerza material”.

M. LAFUENTE, en su *Historia de España*<sup>16</sup>, obsequia a Almanzor con unas pala-

<sup>14</sup> *Historia de Málaga y su provincia*, Málaga, 1874; reedición, Málaga, 1991, p. 161.

<sup>15</sup> *Historia General de Andalucía desde los tiempos más remotos hasta 1870*, Madrid-Sevilla, 1869; ed. De la Fundación “Paco Nátera”, 2 vols., Córdoba, 1982, vol. I, pp. 253-273.

<sup>16</sup> *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, tomo III, 2ª

bras de reconocimiento en las que subyace una sincera admiración hacia el individuo que

“no recogía para sí otro fruto de estas expediciones que la gloria de haber vencido: el botín distribuía todo entre los soldados, sin reservar más que el quinto que tocaba por la ley al califa, y la estafa o derecho de escoger que se dejaba a los caudillos. Hombre de memoria y retentiva, conocía a todos sus soldados y conservaba los nombres de los que se señalaban y distinguían: hábil en el arte de ganarse sus voluntades, inspeccionaba personalmente los ranchos de todas las banderas, restableció la costumbre de dar banquetes a las tropas después de cada triunfo, y convidaba a su propia mesa a los que se habían distinguido en el campo de batalla. ¡Y ay del que se atreviera a murmurar de su liberalidad para con los soldados!”.

Su magnanimidad no acababa ahí, pues

“en el tiempo que después de sus expediciones descansaba en Córdoba, su casa era una especie de academia a que asistían los poetas y sabios, a los cuales todos trataba con la mayor benevolencia y consideración, y sus obras las premiaba con tanta liberalidad como hubieran podido hacerlo los dos últimos califas. Él estableció una especie de universidad o escuela normal para la enseñanza superior, en que sólo entraban los hombres ya ilustres por su erudición o por las obras de un mérito especial y relevante, y él mismo solía concurrir a las aulas y tomar asiento entre los alumnos, sin permitir que se interrumpieran las lecciones ni a su entrada ni a su salida, y muchas veces premiaba por sí mismo a los discípulos sobresalientes. Extraña amalgama esta que vemos en los árabes, tan dispuestos para pelear en los campos de batalla como para discutir en las academias, tan aptos para las letras como para la milicia, para la pluma como para la espada”.

La erudición británica tiene en el hispanista Stanley LANE-POOLE<sup>17</sup> a su representante más egregio. En su obra *The Moors in Spain* exhibe un buen conocimiento de la bibliografía, tomando como punto de referencia al inefable Dozy y a P. de Gayangos. Para un británico de finales del siglo XIX, acostumbrado a la impermeabilidad de la buena sociedad, que un personaje como Almanzor, “an insignificant student at the university of Cordova, where his father was known as a learned lawyer of good but not influential family”, prosperara, y de qué manera, en la corte cordobesa, representa un caso digno de estudio. Llega a decir que esa es una situación exclusiva de sociedades musulmanas:

“His career is an interesting example of what pluck, talent, and selfishness could do in a Moslem State, where the road to power was open to genius, however unpromising the beginnings”.

Las causas de tan meteórica subida en los puestos de la administración son múltiples, y algunas ya han sido señaladas, pero el historiador británico concreta:

“Here is a charm of manner and skilful flatteries gained him the favour of the ladies of the royal harim, and specially of Aurora, who fell in love with the brilliant young man”.

#### 1.4. El siglo XX: hacia la especialización en los estudios almanzorianos

A lo largo del siglo XX, el tratamiento histórico de la figura ha evolucionado: desde planteamientos en los que se repetía sin apenas modificación lo escrito por Dozy a la apertura de nuevas líneas de investigación, como pueden ser la numismática, apenas valorada con anterioridad, o la poesía. De ahí que la producción haya ido aumentando considerablemente, con un particular incremento de determinado tipo de publicaciones especializadas. Por supuesto, la edición de nuevas obras, como el anónimo *Dhikr*, su-

ed., Barcelona, 1887, capítulo XVIII, pp. 6-11.

<sup>17</sup> *The Moors in Spain*, 3ª ed., Londres-Nueva York, 1889; la edición que hemos consultado es la de Londres, 1984, pp. 155-166.

pone la adición de nuevas vías a la investigación. Todo ello nos permite asegurar que el período histórico en cuestión es bastante mejor conocido y que, por tanto, nos veamos en la obligación de desmentir las palabras de Lévi-Provençal relativas a la ausencia de nuevas fuentes distintas a las utilizadas por Dozy en el siglo XIX.

Además, una figura como la que estamos valorando, con su faceta eminentemente legendaria, es lógico que se integrase entre los personajes novelescos de la novelesca Edad Media hispánica. En la numerosa literatura del siglo XX centrada en nuestro Medievo, Almanzor goza de un enorme crédito como protagonista por las posibilidades que ofrece para crear un personaje ficticio desde la realidad, más o menos camuflada.

La polémica sobre la veracidad de la batalla de Calatañazor se avivó a principios de siglo con sendos artículos firmados por Eduardo SAAVEDRA y Francisco CODERA, publicados respectivamente en 1909<sup>18</sup> y 1910<sup>19</sup> para rebatir los supuestos defendidos por Dozy, sin apenas atender a otras facetas de la biografía del personaje. La cuestión todavía no ha sido cerrada completamente y en numerosas publicaciones, entre ellas las destinadas a fines turísticos para la explotación del patrimonio cultural, reaparece (por ejemplo, J. L. BRAVO, “Los últimos pasos de Almanzor”<sup>20</sup>).

Desde principios de esta centuria, se van estableciendo nuevos acontecimientos en la vida del *háyib*, una vida, por otro lado, tan intensa y repleta de sucesos que daba enormes posibilidades para la exploración histórica: por ejemplo, E. COTARELO (“El casamiento de Almanzor con una hija de Bermudo II”<sup>21</sup>), pero sobre todo Ramón MENÉNDEZ PIDAL, quien en su obra *La Leyenda de los Infantes de Lara*<sup>22</sup> se acerca al personaje con una rigurosidad en la que, seguramente por primera vez, no hay juicios valorativos de significación. De una manera concienzuda se escudriña al personaje que llenó la segunda mitad de la décima centuria en relación con el asunto que otorga título a la obra.

En general, la historiografía de esa época se comporta de manera benevolente en los juicios emitidos sobre Almanzor, una suerte de “ministro ilustrado” de al-Andalus que hubo de “dar al populacho, excitado por el clero, la bárbara satisfacción de quemar libros heterodoxos”, en palabras del padre del andalucismo, Blas INFANTE PÉREZ<sup>23</sup>, quien sin duda traslada su valoración de los acontecimientos del siglo X a los confusos años iniciales del siglo XX.

Lejos de emitir juicios de valor, las estimaciones expresadas por Ángel GONZÁLEZ PALENCIA en *Historia de la España musulmana*<sup>24</sup> destacan por su pulcritud histórica. Basándose en lo transmitido en el siglo anterior por Dozy, se limita a relatar los hechos históricos tratando de evitar opiniones personales más o menos proclives al político. Se ve en la obligación de terminar su explicación sobre la existencia de la derrota de Calatañazor con una pregunta con respuesta inducida:

“¿cómo el *Cronicón Burgense* y la *Historia Compostelana*, más antiguos, no dicen nada y coinciden con los historiadores musulmanes?”.

A continuación, llega a definir con numerosos adjetivos a Almanzor: “terrible enemigo de la Cristiandad, [de] carácter fuerte y enérgico, idolatrado por sus soldados, a

<sup>18</sup> *La batalla de Calatañazor*, Mélanges Hartwig Derenbour, 1909.

<sup>19</sup> “La batalla de Calatañazor”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LVI (1910), pp. 197-300.

<sup>20</sup> *Revista de Soria*, 5 (1994), pp. 55-59.

<sup>21</sup> *España Moderna*, 1903.

<sup>22</sup> Ed. Príncipe, Madrid, 1896; 3ª ed. Espasa Calpe, Madrid, 1971.

<sup>23</sup> *Ideal Andaluz. Varios estudios acerca del Renacimiento de Andalucía*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 1982, p. 59.

<sup>24</sup> Ed. Labor, Barcelona, 1925, pp. 44-51.

quienes llevó siempre a la victoria, amante de las letras, generoso y espléndido, protector de los intereses materiales del país, justiciero en extremo y con el golpe de vista del genio en todas sus cosas”, para a renglón seguido hacer suyo el pasaje de Dozy, reproducido en su integridad más arriba, que termina con la frase “[a Almanzor] es imposible amarlo y muy difícil admirarlo”.

Con similar espíritu aborda la biografía de Almanzor A. BALLESTEROS Y BERETTA<sup>25</sup> quien sigue básicamente a Dozy, a quien cita varias veces. No renuncia a dar su opinión personal sobre el *háyib*:

“El gobierno de Almanzor, sin género de duda, había sido el más glorioso de cuantos se habían registrado en la dominación musulmana de la península. Hombre civil convertido en militar para servir sus ambiciones, quizás sosteniendo su prestigio con el brillo de sus victoriosas expediciones de la guerra santa, era, como todo aventurero sin stirpe dinástica, un hombre de gobierno que necesitaba de los triunfos y de los aciertos para mantenerse; al primer fracaso, fuera muy posible que todo el edificio de su poder tan hábilmente construido se derrumbase”.

Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ encarna como ningún otro ensayista la necesidad de definir España. Por ello, su particular visión de la Iberia medieval está sujeta a la existencia de un alma hispana que recorre la historia. Su explicación sobre el surgimiento de los taifas en *La España musulmana*<sup>26</sup> es muy elocuente sobre esta manera de entender nuestra historia:

“Tras las revoluciones cordobesas y la crisis de autoridad califal que fue su inmediato corolario, como siempre ha ocurrido en España -en la España mora y en la España cristiana- cuando el poder central ha caído en la impotencia, la anarquía dominó la Península y triunfó el secesionismo”.

Por lo que respecta a Almanzor, su consideración hacia el personaje oscila entre la rendida admiración y la abierta animadversión. Desde “tan humilde puesto”, el político algecireño alcanzó a gobernar al-Andalus “como verdadero soberano, mientras el legítimo monarca rezaba y amaba en el retiro del harén”. Su ascenso fue acompañado por diferentes tretas que hablan de las cualidades del personaje:

“Tomó del tesoro las sumas que quiso, a fin de triunfar de la vanidad de la sultana y de la codicia de los capitanes; se manchó con la sangre de un príncipe inocente, para asegurar la regencia de su protector; traicionó luego a éste y le hizo padecer largo calvario, después de reemplazarle; se apoyó para lograr su caída en el generalísimo de las huestes del califa, aprendió con él el arte de la guerra y le mató más tarde; había fingido amor a la madre del califa a fin de disponer de la débil voluntad de éste y la echó por la borda cuando estuvo seguro, y no vaciló en ordenar la ejecución de varios gobernadores y visires y hasta de uno de sus hijos para afirmar su autoridad”.

Frente a tales villanías, “en contraste luminoso con tantas tinieblas”, expone sus logros de pacificación y progreso económico, para terminar haciendo una reflexión que comienza con la frase que da origen a su exposición sobre el *háyib*:

“Sí, es preciso incluirle entre las individualidades de excepción, de las que la humildad ha alumbrado pocas en el curso de los siglos. Como todas ellas, Almanzor nos lanza las mismas interrogaciones turbadoras: ¿Cuál es la función del héroe, en el amplio sentido del vocablo, en la vida de los pueblos? ¿Es el fruto milagroso que empuja a las naciones con su fuerza cósmica o el hombre superdotado que sabe aprovechar el dinamismo de su pueblo y pone en movimiento su fluido vital en la ocasión más oportuna? ¿Es una bendición o una maldición? ¿Construye sobre rocas o sobre arena? Una enumeración de los que parieron los tiempos,

<sup>25</sup> *Historia de España y su influencia en la historia universal*, vol. II, 2ª ed., Barcelona, 1944, pp. 55-63.

<sup>26</sup> *La España musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales*, 2 vols., 1ª ed., 1946; 6ª ed., Madrid, 1982, vol. I, pp. 458-494, en particular 458-459.

desde el confín de la historia hasta hoy mismo, de los que precedieron y han seguido a Almanzor, nos brindaría la más dramática e inquietante de las meditaciones. Almanzor llevó al cénit la fuerza política y militar de al-Andalus. Poco después de su muerte el califato de Córdoba, se escindió en más de una docena de reñecillos impotentes, que desgarró la guerra civil. ¿Qué ha quedado de las hazañas de sus pares? El apogeo cultural de la España mora del siglo XI, como el del mundo post-alejandrino o el de la Francia del siglo XIX ¿han tenido su origen en la conmoción que la acción desorbitada de tres genios militares produjo? No es probable”.

En su *Historia de la España musulmana*, Evariste LÉVI-PROVENÇAL<sup>27</sup> deja constancia de las escasas novedades historiográficas que podía aportar sobre Almanzor. Como con anterioridad hemos adelantado, viene a decir que desde mediados del siglo XIX pocas eran las primicias, hasta el punto que

“nuestra documentación sobre la España musulmana de tiempos de Almanzor no es comparable, ni de lejos, a la que tenemos sobre dicho país en los dos primeros tercios del mismo siglo. Esta documentación se ha aumentado poquísimamente desde la época de Dozy”.

Además, la prolija información sobre la ascensión política de Almanzor contrasta vivamente con la parquedad de las noticias referidas a la administración del poder en la segunda fase de su vida hasta la fecha de su muerte.

Si en la *Historia de la España musulmana* apenas si se deja traslucir el sentir de Lévi-Provençal hacia Almanzor, en otras de sus obras sí exhibe una visión ideológica bastante marcada. En relación con la quema de la biblioteca de Córdoba ordenada por Ibn Abí ‘Amir, el arabista francés no expresa dudas:

“Al-Mansur Ibn Abí ‘Amir tuvo que resolverse a dar un paso teatral de vandalismo, del que, en el fondo, él mismo comprendía el primero su alcance sacrílego”<sup>28</sup>.

Más impactante es su comparación con personajes históricos posteriores, como es el caso de Maquiavelo, convirtiendo al andalusí en una suerte de precursor del italiano: “A una edad en que sus condiscípulos no pensaban más que en francachelas y diversiones, el futuro dictador de la España musulmana elaboraba en la soledad y para plazos remotos unos planes minuciosos que Maquiavelo hubiera aprobado”.

Si en los años 40 y 50 del siglo XX, la “intelectualidad” adepta al régimen de Franco también trató de sacar partido de la figura histórica, con anterioridad el personaje aparece siempre envuelto en su condición de “hombre fuerte” de al-Andalus durante decenios, en eminencia excepcional de la política mundial a la altura de individualidades tan heterogéneas como Carlomagno, Leonardo da Vinci, Gonzalo de Córdoba o Napoleón (J. POCH NOGUER, *Los grandes caracteres: Carlomagno, Almanzor, Leonardo da Vinci, Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Napoleón*, publicada en 1935<sup>29</sup>). No es de extrañar tampoco que se le considere un “césar andaluz” por parte de E. BELADIEZ NAVARRRO<sup>30</sup>, como tampoco lo es la equiparación entre “dictadores benéficos”, Almanzor y el Generalísimo Franco, idea que subyace en el argumento de la novela histórica de Luis Antonio DE VEGA, *Almanzor*<sup>31</sup>, publicada en 1946 en la serie sintomáticamente llamada *Milicia de España*:

<sup>27</sup> *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1013 d.C.)*, vol. IV de la Historia de España de Ramón Menéndez Pidal, trad. castellana e introducción por E. García Gómez, Espasa Calpe, 1ª ed., Madrid, 1950; 6ª ed., Madrid, 1987, pp. 397-437.

<sup>28</sup> E. LÉVI-PROVENÇAL, *La civilización árabe en España*, 1ª ed., Madrid, 1953; 5ª ed., Madrid, 1980, p. 87.

<sup>29</sup> Ed. Dalmau, Gerona, 1935. Este autor escribió otra obra con un sugestivo título; cfr. J. POCH NOGUER, *Almanzor: el ocaso del Califato. Narraciones heroicas para la juventud*, ed. Araluce, Barcelona, 1929.

<sup>30</sup> *Almanzor, un César andaluz*, ed. Escalier, Madrid, 1959.

<sup>31</sup> Ed. Gran Capitán, Madrid, 1946.

“Durante el gobierno, el buen gobierno de Almanzor, no cabían esos compadrazgos ni las veleidades de apoyar a uno u otro caudillo para conseguir un reinezuelo cualquiera [...]. Almanzor era un gran patriota, luchaba por su España, antes que nada por su España, y como era un gran político, sabía que para la felicidad de un país son más importantes las victorias sobre los enemigos de dentro que sobre los enemigos de fuera, y aún más, que no es posible obtener triunfos sobre el enemigo exterior si el interior es fuerte”.

Como podemos comprobar, las valoraciones sobre el personaje en la historiografía del siglo XX son abundantísimas. Todos aquellos que han dedicado páginas a al-Andalus en el período omeya se detienen en la figura histórica, a la que normalmente dedican juicios de valor. Por ejemplo, W. MONTGOMERY WATT<sup>32</sup> se refiere al gobierno ‘amirí en términos de “dictadura”, aunque confiese que

“aparte del hecho de que Almanzor era tan poderoso como eficaz, su gobierno no fue más autocrático que el de la mayoría de los otros regímenes musulmanes de la época”.

En parecidos términos se expresa R. COLLINS<sup>33</sup>, quien no manifiesta la más mínima intención de exculpar a Almanzor como responsable principal del debilitamiento del poder central cordobés:

“El debilitamiento del poder del califa omeya durante la minoría de Hixam II y la consecución de un poder dictatorial por al-Mansur contribuyeron decisivamente a socavar la base de poder establecida en al-Andalus, pero la carrera del gran visir, cuyo palacio de Az-Záhira rivalizaba con el de ‘Abd al-Rahmán III en Az-Zahara, demuestra que la imposición efectiva de una sola voluntad podía mantener todavía el régimen de Córdoba”.

Anwar G. CHEJNE<sup>34</sup>, por su parte, incide en el carácter contradictorio de la trayectoria política de Almanzor:

“Puede que fuera cruel, pero al mismo tiempo se comportó de manera justa con muchas de las personas que trabajaron con él”.

A. GUZMÁN REINA<sup>35</sup> incide en el carácter contradictorio de la figura histórica en su vertiente militar:

“Hemos de reconocer que la política de el-Mansur perjudicó más a los musulmanes que a los cristianos, pues si sus indiscutibles hazañas militares no afectaron seriamente al conjunto de España del norte, en cambio sí fueron muy gravosas para el Califato. El dictador, que miraba antes que nada a su propia gloria, fue eliminando sistemáticamente a todos los elementos fuertes que antes sostenían el estado ...”.

J. VALLVÉ BERMEJO en *El Califato de Córdoba*<sup>36</sup> dibuja con bastante conocimiento el período que nos ocupa. Sigue con absoluta fidelidad a las fuentes. Califica a Hixam II de “califa anodino” y una vez que fallece el *háyib* define a la *dawla al-‘amiriyya* con la expresión “la dictadura se hace hereditaria”.

En el análisis de la figura de Almanzor realizado por Miguel CRUZ HERNÁNDEZ, incluido en una obra de carácter generalista como es *El Islam en España*<sup>37</sup>, queremos destacar particularmente el término adjudicado al régimen ‘amirí (*al-dawla al-‘amiriyya*), al que denomina “sustitución amirí”, por entender que lo que hizo Ibn Abí ‘Amir fue “sustituir la oligarquía omeya por la tiranía personal”. En realidad, viene a utilizar un término bastant similar al que introdujera Lévi-Proveçal quien en su momento habló de la “suplantación amirí”, traducción ambos vocablos de la *wahxa* árabe. En cualquier

<sup>32</sup> *Historia de la España islámica*, 1965; 1ª ed. española, Madrid, 1970, pp. 92-97.

<sup>33</sup> *Early Medieval Spain. Unity in Diversity, 400-1000*, ed. inglesa, Londres, 1983; ed. española, *España en la Alta Edad Media*, Ed. Crítica, Barcelona, 1987, 328-329.

<sup>34</sup> *Historia de la España musulmana*, 1974; 1ª ed. española, Madrid, 1987, pp. 44-48.

<sup>35</sup> *Política y milicia en al-Andalus*, Córdoba, 1969, pp. 91-93 y 99-100.

<sup>36</sup> Ed. Mapfre, Madrid, 1992, pp. 227-252.

<sup>37</sup> 2ª ed., Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid, 1996, pp. 152-157.

caso, resulta pertinente introducir la explicación que da Cruz sobre el gobierno almanzoriano:

“La sustitución ‘amirí no fue, empero, una simple oligarquía tiránica, sino que se apoyó en lo que luego se ha llamado despotismo eficaz y dictadura de desarrollo: una excelente administración, un considerable y universal aumento del nivel de bienestar, seguridad ciudadana, buena y pronta justicia, populismo social y seguridad exterior; los mismos cronistas que relatan la ambición y crueldad de Almanzor, encomian su eficaz labor administrativa, justiciera y militar”.

P. GUICHARD dedica una síntesis a al-Andalus en época ‘amirí (“Al-Andalus sous les ‘Amirides et les princes de taifas”). Aunque las referencias al período ‘amirí son prolijas en toda su producción, destacaremos su obra de alta divulgación, *La España musulmana. Al-Andalus omeya*<sup>38</sup>, donde interpreta con nuevos datos el período histórico, con una interesante aportación desde la numismática. Independientemente de ello, aporta visiones novedosas sobre el gobierno ‘amirí:

“Tras la fachada impresionante del régimen amirí, subsistía la contradicción fundamental entre el poder real de los amiríes, que aumentaba cada vez más y el poder legitimador del califato omeya que se iba reduciendo a un simple símbolo, pero al que seguía atada en la misma esfera de poder, una aristocracia nutrida vinculada al antiguo orden y temerosa de verse desposeída a causa del alza de adenedizos y nuevos grupos, principalmente los saqaliba”.

En otro trabajo<sup>39</sup>, la figura de Muhammad ibn Abí ‘Amir permite a Guichard replantearse la función del Estado musulmán medieval:

“No podríamos ilustrar mejor lo que dijo Ibn Jaldún sobre la función de redistribuidor de la riqueza y ordenador del rango social que desempeñó el Estado musulmán medieval. Que ese Estado se viese minado por el nepotismo, el espíritu de clan, el favoritismo y sin duda la corrupción, parece probable incluso muy verosímil, sobre todo si examinamos carreras como la de Ibn Abí ‘Amir. Pero si se puede dudar que hubiese un gran sentido del Estado en aquellas organizaciones estatales, no se puede negar la propia importancia de las estructuras estatales como elemento determinante de la organización socio-política”.

### 3. La erudición local algecireña

Aunque la producción localista, especialmente la cordobesa, ha abordado la figura almanzoriana, nos dedicaremos exclusivamente a la producida en la ciudad en la que Muhammad ibn Abí ‘Amir vio la luz. Tres autores algecireños trataron sobre la vida y la obra de Almanzor. El primero de ellos fue E. SANTACANA Y MENSAYAS, alcalde de la ciudad a principios del siglo XX. En su *Antiguo y moderno Algeciras*<sup>40</sup> de principios del siglo XX dedica una página escasa a nuestro personaje. Escribe el alcalde-historiador que

“en el año 939, el mismo en que los cristianos ganaron la batalla de Simancas, nació en Algeciras Mohammed-ben-ali (sic.)-Amer conocido por el nombre de Almanzor, gran capitán del siglo diez, el cual vengó aquella derrota dando por fronteras al imperio musulmán de España dos mares y los Pirineos y venciendo en cincuenta campañas sin perder una sola batalla”.

Otro autor local, M. PÉREZ-PETINTO Y COSTA, en su obra inédita *Historia de la muy noble, muy patriótica y excelentísima ciudad de Algeciras*<sup>41</sup>, ofrece una visión más

<sup>38</sup> Historia de España 16, Madrid, 1995, pp. 94-103.

<sup>39</sup> “El apogeo del Islam andalusi (siglo X-inicios del siglo XIII)” en P. Bonnassie, P. Guichard y M.-C. Gerbet, *Las Españas Medievales*, Ed. Crítica, Barcelona, 2001, pp. 91-92.

<sup>40</sup> Algeciras, 1901.

<sup>41</sup> Algeciras, 1944.

completa del personaje y de su época, aunque inspirada por un fuerte sentimiento maurófono. A la par que reconoce que fue un “hombre extraordinario... al que algunos historiadores encuentran semejanzas con César Augusto”, reconoce que

“la nombradía y (justo es el consignarle aunque duela al sentimiento nacional) la gloria que alcanzó este caudillo, nos fuerza a historiar, a largos trazos, su paso por la vida de nuestra Patria, ya que Algeciras puede vanagloriarse y dolerse, a la vez, de haber sido cuna del notable árabe que llegó a ser Califa, si no de derecho, de hecho sí de España...”.

El último de estos autores, C. DELGADO GÓMEZ, en su *Algeciras. Pasado y presente de la ciudad de la bella bahía*<sup>42</sup> dedica varias páginas a Almanzor, haciendo hincapié en su origen algecireño y analizando con brevedad pero con mayor rigor histórico que los historiadores locales que le precedieron en el tiempo, al personaje y a su obra, sobre todo en los pasajes que lo relacionan con su ciudad natal. De Almanzor dice que siendo

“hijo de una familia ilustre, quiso su padre, Abdallah, que fuera, como él, jurisconsulto. Pero el joven manifestó poco interés por los estudios y poseído de ambicioso espíritu e incontenibles anhelos de gloria, abandonó su casa solariega de Algeciras y marchó a Córdoba cuando aún contaba pocos años”.

---

<sup>42</sup> 4ª ed., Algeciras, 1982.